

Fr. Lino G. Canedo

FRAY RAFAEL VERGER EN
SAN FERNANDO DE MEXICO

SOBRETIRO DEL ANUARIO "HUMANITAS"

705

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS
DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

9. Año 3

Monterrey, N. L., México

No. 3

BX4

.V4

G6

ALBERT

FRAY

Rafael Verger en

San Fernando de

México

BX 4705

.V4

G6



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

FRAY RAFAEL VERGER EN SAN FERNANDO DE MÉXICO

(1750-1782)

FR. LINO G. CANEDO, O. F. M.
Academy of American Franciscan History
Washington, D. C.

EL FRANCISCANO MALLORQUÍN fray Rafael Verger, segundo obispo del Nuevo León, es tenido por una de las más ilustres figuras de la historia de Monterrey. La influencia preponderante que ejerció para que la entonces modesta ciudad fuese designada como capital del nuevo obispado —erigido en 1777 con sede en Linares—, la traída del agua y el “Obispado” —el mejor monumento colonial de Monterrey— constituyen tres títulos relevantes que justifican el recuerdo y la gratitud de los regiomontanos. Es posible que Verger haya cambiado el rumbo de la historia de Monterrey, al escoger a esta ciudad como sede de su obispado.

Cede en crédito de Monterrey y de sus historiadores que la figura de su gran benefactor no haya sido olvidada. Verger es todavía una figura viva en la metrópoli del Nuevo León. El gobierno episcopal de Verger ha sido estudiado con notable minuciosidad, habiendo sido dados a conocer numerosos documentos relativos a su dinámica actuación. También fue explorado algo de su niñez y juventud en Mallorca.¹ Pero hay un período de su vida que permanece un tanto en la sombra. Son los treinta y dos años que permaneció en el Colegio de Misiones de San Fernando, en la ciudad de

¹ Carlos Pérez Maldonado dedicó a Verger varios capítulos de su libro *El Obispado. Monumento histórico de Monterrey* (Monterrey, 1947). En sus *Documentos históricos de Nuevo León. Anotados y comentados, 1596-1811*. (Monterrey, 1947) las pp. 90-129 se refieren también a Verger. Por último, en el t. III (1950) pp. 8-42 de las *Memorias de la Academia de Ciencias Históricas de Monterrey* hay una larga crónica de los actos conmemorativos del segundo centenario de la salida de Verger para América, que se celebraron tanto en su villa natal de Sanjaume como en Monterrey. Esta crónica encierra asimismo noticias biográficas de Verger.



FONDO UNIVERSITARIO

52660

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

351
43398

México. Creo que fue allí donde se forjó la personalidad del futuro obispo de Monterrey. Cuando menos, fue San Fernando el candelero providencial desde cuya cima quedaron de manifiesto las extraordinarias dotes de gobierno que adornaban a Fray Rafael Verger. Sin haber dispuesto de tal escenario para darse a conocer, es probable que nunca hubiese llegado a ser el segundo obispo de Monterrey. Parece justificado, por lo tanto, que dediquemos unas páginas al estudio de este largo período de su vida fernandina.

El Colegio de San Fernando.

¿Qué clase de institución era este Colegio de San Fernando? Aun tratando de remontarnos lo menos posible en el tiempo, es preciso recordar que, a fines del siglo XVII, surgió en la Nueva España, y dentro de la Orden Franciscana, una organización peculiar con el nombre de "Colegios Apostólicos de Propaganda Fide". Nacieron a iniciativa de otro ilustre mallorquín, Fr. Antonio Llinaz, con el fin de renovar el impulso misional que había ido decayendo a lo largo de aquel siglo. El primero de estos colegios de misiones quedó establecido en Querétaro en 1683. Brotes de este primer colegio fueron los de Guatemala en 1700 y el de Guadalupe en Zacatecas en 1707, ambos llegados a su definitiva independencia en dichas fechas, tras un período inicial como dependencias de Querétaro. San Fernando constituye el tercer retoño del vigoroso árbol queretano. Se incorpora a la escena misionera en 1731, como simple hospicio, para convertirse en colegio independiente en 1735. Como campo de apostolado entre infieles, dirige inmediatamente sus miras a la evangelización de los indios hostiles de la Sierra Gorda que habían resistido por años, en el mismo corazón de la Nueva España, los reiterados intentos de reducirlos. Esta misión de la Sierra Gorda o Cerro Gordo había sido una de las tareas asignadas, en un principio, al Colegio de Querétaro, que nunca pudo realizarla. Ahora la recibía como herencia el Colegio de San Fernando. Desde 1744 en que se hicieron definitivamente cargo de aquellas difíciles conversiones, hasta el año 1770 en que las entregaron, como parroquias ordinarias, al Arzobispo de México, los misioneros fernandinos llevaron a cabo una labor ingente, cuyas huellas no han desaparecido todavía por completo. Allí trabajó el célebre Fray Junípero Serra, y tanto para él como para sus compañeros fue la Sierra Gorda una especie de escuela para los días grandes de California. Porque la gloria del Colegio de San Fernando reside principalmente en la conquista espiritual de California. Cuando la expulsión de los jesuitas en 1767, casi todas sus misiones pasaron al cuidado de los franciscanos, que disponían del personal conveniente gracias, en primer lugar, a

los colegios de misiones de que venimos hablando. El Colegio de San Fernando se hizo cargo de la Baja California en 1768, y desde allí emprendieron sus misioneros, sólo un año después, la maravillosa conquista espiritual de los inexplorados territorios de la costa septentrional, desde San Diego hasta el norte de San Francisco. Tres años después, la Baja California fue puesta al cuidado de los padres dominicos y los misioneros de San Fernando pudieron concentrar todos sus esfuerzos en la Alta o Nueva California. Este fue su grande y fecundo campo de apostolado hasta mediados del siglo XIX.²

Los colegios de misiones constituían entidades autónomas, bajo el gobierno de un Guardián, al que asistía un consejo llamado Discretorio. Tanto el primero como los miembros del segundo eran elegidos por voto universal y secreto de todos miembros del colegio. Estaban inmediatamente sometidos al Ministro general de la Orden, quien en el caso de México ejercía su autoridad suprema por medio del llamado Comisario general de la Nueva España. El personal se componía en su mayor parte de religiosos que voluntariamente se afiliaban a los colegios, con el fin de consagrarse al ejercicio de las misiones. Los procedentes de España —que constituyeron casi siempre la mayoría— solían venir a costa de la real hacienda y con el compromiso de permanecer un mínimo de diez años en los colegios. Por lo general se trataba de comunidades numerosas. La de San Fernando estaba formada en septiembre de 1772 precisamente durante la primera guardianía de Verger por ciento catorce individuos; de ellos, cuarenta y tres se hallaban en las misiones de California.³

² Sobre los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide, tanto en general como en particular de la Nueva España, pueden mencionarse varias obras, si bien no existe una moderna monografía de conjunto. La obra fundamental sigue siendo la de Fr. Isidro Félix de Espinosa, O. F. M., *Crónica Apostólica y Seráfica de todos los Colegios de Propaganda Fide de esta Nueva España* (México, 1746) cuya segunda edición está llevando a cabo actualmente la Academia Franciscana de Historia, de Washington. En las notas a esta redacción indico la bibliografía más importante sobre los Colegios de la Nueva España. Las Misiones de California cuentan con abundante bibliografía. Una buena muestra de la misma puede hallarse en la edición inglesa de la *Vida* de Fr. Junípero Serra por Palou: *Palou's, Life of Fray Junípero Serra*. Translated annotated by Maynard J. Geiger, O. F. M. (Washington, Academy of American Franciscan History, 1955).

³ Publica esta lista el P. Maynard Geiger, O. F. M., en su artículo "The Internal Organization and Activities of San Fernando College, Mexico City (1734-1858)", en *The Americas*, VI, 1949, pp. 5-12. Sobre el gobierno de los colegios en general, véase *Collectio statutorum, gratiarum et indulgentiarum pro missionibus earumque Collegiis de Propaganda Fide, Fratrum Minorum S. Francisci de Observantia in Indiis Occidentalibus* (Roma, 1778). Parece que fue el Colegio de Guadalupe de Zacatecas el que contó con mayor proporción de criollos.

La necesidad de atender a las misiones de la Sierra Gorda fue el motivo que trajo al P. Verger desde Mallorca al Colegio de San Fernando de México. Los once misioneros traídos en 1742 resultaban ya un refuerzo del todo insuficiente, debido al ensanchamiento de las actividades del colegio y a la muerte de varios religiosos en la Sierra Gorda, víctimas de la peste. El colegio decidió, por lo tanto, enviar a España al P. Pedro Pérez de Mezquia, uno de los fundadores venidos de Querétaro y un veterano en las misiones del Norte, con el fin de reclutar allí otro grupo de misioneros. En diciembre 1747 había conseguido reunir hasta treinta y tres, cuyo aviamiento y viaje a cuenta de la hacienda real fueron autorizados el 31 de dicho mes y año. Figuraban en expedición hombres de cualidades extraordinarias, hombres llamados a sonar en la historia. Uno de ellos era Fr. Junípero Serra, el futuro apóstol de California; otro, nuestro Fr. Rafael Verger. Todavía otros, el escritor Fr. Francisco Palou, Fr. Juan Ramos de Lora, que sería primer obispo de Mérida en Venezuela, y Fr. José de Santisteban, martirizado por los comanches en 1758, allá por las llanuras tejanas de San Sabá.

La "misión" —como se llamaba también a estas expediciones de misioneros— se dividió en dos grupos. El primero, en que venía Serra, zarpó de Cádiz en agosto de 1748, desembarcó en Veracruz el 6 de diciembre y entró en la ciudad de México con el año 1750. Verger, que era profesor de filosofía en el Convento de San Francisco de Palma de Mallorca, fue de los primeros en sospechar que su compañero Fr. Junípero Serra se había ofrecido voluntario para formar parte de la "misión" que colectaba el P. Mezquia. Comunicó sus sospechas al P. Palou —quien lo refiere en la *Vida* de Serra—⁴ y ambos platicaron repetidas veces sobre la oportunidad que se les ofrecía de ir a misiones de infieles. Verger dijo que hubiera ido de buena gana, de no hallarse atado por la cátedra. Tal estado de ánimo fue conocido por Serra y

⁴ FR. FRANCISCO PALOU, O. F. M., *Relación Histórica de la vida y apostólicas tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra, y de las Misiones que fundó en la California Septentrional y nuevos establecimientos de Monterrey* (México, 1787). Hay una edición moderna bajo el título: *Evangelista del Mar Pacífico. Fray Junípero Serra, Padre y Fundador de la Alta California* (Madrid, Aguilar, 1944). El testimonio aludido en el texto se encuentra en el capítulo segundo. La vocación misionera de Verger y su salida para México se refieren en el capítulo tercero de la misma obra. Sobre la expedición de 1749-1750 en conjunto véase Maynard Geiger, O. F. M., *The Franciscan Mission to San Fernando College, México, 1749*, en *The Americas*, V, 1948, pp. 48-60. Utiliza el expediente conservado en AGI (Archivo General de Indias, Sevilla, *Contratación*, leg. 5546). En el mismo legajo se encuentra también el expediente de la expedición o "misión" de 1742, con los nombres de los doce misioneros que la formaban.

así, cuando en Cádiz fallaron a última hora algunos de los misioneros reunidos, recibió Verger aviso de presentarse como uno de los sustitutos. Otro de éstos fue Fr. Juan Crespí, el infatigable diarista de las exploraciones californianas.

Verger no salió de Palma hasta el 15 de junio, más de dos meses después de haberlo hecho Serra y Palou. Por este motivo pasó a formar parte del segundo grupo de la "misión", que no había de embarcarse para Veracruz, hasta el 31 de diciembre de 1749 y sólo llegaría a la ciudad de México en abril de 1750. Los documentos oficiales de embarque nos dicen que era natural de Santany (Mallorca) y que contaba veintiséis años de edad. Era de buena estatura, color blanco y rostro marcado de postillas.

Poco sabemos de sus primeras actividades en San Fernando. Consta que desempeñó en el Colegio el oficio de lector o catedrático que había ejercido en Palma. Es probable que esto haya tenido lugar ya desde los primeros años; ciertamente ejercía la cátedra en 1755. Por otra parte, existen pruebas de que su personalidad comenzó a destacar muy pronto en el colegio. Es de notar que ya en 1752, al hacerse la elección de guardián, alguien pensó en el joven Verger para el puesto, pues tuvo un voto. Tres años más adelante, en 1755, fue elegido discreto con el mayor número de votos recibido por nadie: veintinueve. Y en la subsiguiente elección de guardián obtuvo trece votos. Poco después, el Discretorio le elegía unánimemente por vicario del colegio. Fue también secretario del Discretorio.

En los dos capítulos siguientes, 1757 y 1761, aparece con un sólido bloque de diez y siete votos para guardián; en 1761 tuvo asimismo diez y ocho votos para discreto. En cambio, pierde terreno en las elecciones de 1764, en que obtiene sólo doce votos para guardián. Su hora parecía haber llegado en 1767, en que recibió veintiún votos para guardián, número superior al obtenido por cualquiera de los candidatos en aquella elección; pero una peculiar disposición reglamentaria le cerró entonces el ascenso a la primera magistratura del colegio. La elección de los discretos tenía lugar antes de la elección del guardián, y parece que, una vez confirmados en el oficio de discretos, resultaban inelegibles para la guardianía. Esto le sucedió ahora a Verger y había sucedido antes a otros, entre ellos al propio Junípero Serra.⁵

⁵ Todos estos datos nos los proporciona el *Libro de Decretos del Colegio de San Fernando*, que se conserva original en el Archivo General de la Nación, México, colección *Documentos para la Historia de México*, segunda serie, vol. IX. Véase también M. Geiger, *The internal organization and activities of San Fernando College, Mexico City (1734-1858)*, en *The Americas*, VI, 1949, 1-31.

Viaje de Verger a España (1768-1770).

Es posible que, en algunos casos, se haya echado mano de estos impedimentos legales, fácilmente previsibles, con el fin de no inmovilizar en el oficio de guardián a hombres que se deseaba emplear en otras tareas. Pudo ser esto lo que sucedió en la presente ocasión. Al tiempo del capítulo guardianal (28 noviembre 1767) ya el colegio había sido encargado de las misiones de la Baja California, que se hallaban abandonadas a causa de la expulsión de los jesuitas. Una de las condiciones que puso el Colegio de San Fernando para aceptarlas fue que se le permitiese reclutar una nueva expedición de misioneros en España. Acaso nuestro Verger estaba ya señalado para esta empresa y con miras a ello se le apartó de la guardianía, mientras resultaba elegido discreto con la brillante votación que hemos visto. Este cargo le confería autoridad y prestigio, cosas ambas muy convenientes para el buen desempeño de su nuevo cometido en España.

No conozco la fecha precisa de su salida para España, pero las firmas que aparecen en el *Libro de Decretos* demuestran que permaneció en San Fernando por lo menos hasta el 3 de diciembre de 1767. Por otra parte, sólo el 18 de dicho mes escribía el Virrey a S. M. recomendando la petición de nuevos misioneros que le habían presentado el Guardián y Discretorio de San Fernando. Y el 5 de junio de 1768 Verger era esperado pero no había llegado aún a Madrid.⁶ Es de presumir, por lo tanto, que salió de México en los primeros meses de 1768. El Consejo de Indias informaba favorablemente sobre sus pretensiones y poco después se firmaba el real despacho por el cual se le concedía una copiosa "misión" de cuarenta y nueve religiosos, que serían transportados a expensas de la real hacienda. Desde enero de 1769, comenzó Verger a enviar las correspondientes patentes o licencias de viaje para cada misionero. Antes de terminar el mes de julio tenía comprometidos a cuarenta y ocho, y por real cédula de 5 de agosto del mismo año se dieron órdenes a la Casa de la Contratación para el avío de estos religiosos. Agregóse a ellos, haciendo el número cuarenta y nueve, el P. Juan Prestamero, quien había tenido que abandonar el Colegio de San Fernando algunos años antes por enfermedad y regresaba ahora al mismo con particular dispensa. Zarparon todos de Cádiz el 31 de enero en el navío *Castilla*, que iba al mando del Marqués de Ca-

⁶ Con esta fecha, opina el fiscal del Consejo de Indias que se espere la llegada del P. Verger, para decidir acerca de la solicitud de "Misión" por el Colegio de San Fernando, que había sido recomendada por el virrey Bucareli. Véanse los respectivos documentos del Archivo General de Indias, citados por Charles E. Chapman, *Catalogue of the Materials in the Archivo General de Indias for the History of the Pacific Coast and the American Southwest* (Berkeley, University of California Press, 1919) nn. 894-95, 1016.

sinas; aunque el barco se vio obligado a regresar al puerto y la salida definitiva no fue hasta el 3 de febrero. Tras una navegación de noventa y nueve días, de ellos treinta y tres pasados en la aguada de Ocoa (Santo Domingo), la esperada "misión" llegó al colegio el 27 de mayo.⁷ Los misioneros formaban un grupo no sólo numeroso sino de marcado carácter nacional. Había castellanos, gallegos, vascos, aragoneses, catalanes, navarros y mallorquines. Entre ellos, se contaban dos futuros guardianes de San Fernando —el vasco Fr. Pablo Murgártegi y el gallego Fr. Eusebio Antonio Nogueira— y un mártir: Fr. Luis Jaime.

Verger guardián de San Fernando (1770-1774).

El colegio contaba de este modo con un fuerte refuerzo de personal, que debía administrarse con sabiduría y prudencia. Es natural que el prestigio de Verger se hubiese acrecentado con el éxito de su viaje a España. No es de extrañar, por lo tanto, que en la próxima elección (diciembre 1 de 1770) fuese elevado al supremo gobierno del colegio por una brillante mayoría de veintisiete votos. Veamos cómo correspondió a las esperanzas de sus hermanos de profesión.

Además de los problemas comunes a toda comunidad de su índole, San Fernando se enfrentaba entonces a una serie de situaciones nuevas, tanto internas como externas. En el orden doméstico, la comunidad religiosa se había hecho mucho mayor y ello aumentaba las responsabilidades del superior. Por una parte, eran mayores las necesidades materiales, y por otro lado resultaba más difícil mantener la cohesión entre tantos individuos. Respecto a lo primero, los documentos asentados en el ya citado *Libro de Decretos* permiten adivinar que Verger dio pruebas de especial actividad. El P. Visitador que vino a presidir el capítulo guardianal de mayo 1774, Fr. José de Leiza, exministro provincial del Santo Evangelio y entonces guardián de Toluca, expresa su satisfacción por el buen estado de la iglesia, sacristía, alhajas y ornamentos, "con los buenos y costosos aumentos que nuevamente se han construido"; halló asimismo un superávit de 1,777 pesos en las cuentas, "aun habiendo sido en este trienio el gasto de aumentos y mexoras útiles y nece-

⁷ El detalle de la navegación de noventa y nueve días, con la detención en Ocoa, lo proporciona Verger en su carta de 31 de agosto de 1771 al fiscal del Consejo de Indias, don Manuel Lanza de Casafonda. Sobre esta correspondencia véase lo que decimos más adelante. La documentación relativa al viaje de Verger y a los misioneros que trajo consigo a México se encuentra en AGI (Archivo General de Indias, Sevilla), *Audiencia de México*, leg. 2732, y *Contratación*, leg. 5546.

43398

ssarias en la cerca de la huerta, órgano, bambas, relox, librería de coro y demás que son manifiestas en todo el Colegio, notablemente excesivo" (fol. 67).

Las actas del capítulo no revelan queja alguna contra el gobierno de Verger, aunque cabe deducir de las mismas que se plantearon algunas de las cuestiones ya tratadas anteriormente en la correspondencia entre Verger y el Comisario general de Indias, residente en Madrid. Verger había defendido con firmeza sus puntos de vista sobre la necesidad de seleccionar con gran cuidado los religiosos que salían a misionar entre fieles, la imposibilidad de negarse a las confesiones de fieles en la ciudad, y en otros puntos; y en ninguna de estas cosas innovó el capítulo. Sin embargo, se omitió en el acta de la elección del nuevo guardián la frase ritual que solía insertarse en elogio del prelado anterior: "Qui prudenter, religiose et laudabiliter huic Seminario praefuit" (que gobernó prudente, religiosa y laudablemente este Seminario). Parece que esto fue a modo de censura, puesto que Verger se defendió de los cargos que se le habían hecho ante el Comisario general de Indias, y éste falló en su favor, declarándolo por "buen prelado" y mandando al nuevo guardián y discretos que añadiesen en la tabla capitular la frase suprimida. Así se hizo y consta en el *Libro de Decretos*, folio 72v. Todo esto demuestra que el gobierno de Verger no fue del agrado de todos, y ello, en mi opinión, dice en favor y no en contra suya, pues no puede haber buen gobernante que agrade a todos los gobernados. Era, al parecer, hombre de ideas propias, de carácter firme y no fácilmente manejable, según vamos a ver en seguida.⁸

Verger y las nuevas misiones de California.

Porque el colegio tenía ante sí problemas de mayor envergadura. Cuando Verger salió para España en 1768, los misioneros de San Fernando quedaban ya encargados de la Baja California; de hecho, aquel viaje tenía por fin reclutar nuevo personal para hacer frente a dicha nueva obligación. Durante su ausencia, la responsabilidad de la Baja California había sido acrecentada por la de las novísimas fundaciones que se estaban llevando a cabo en la Alta

⁸ Algunos de los pequeños problemas domésticos con los que tuvo que enfrentarse, en su calidad de guardián del colegio, afloran en la correspondencia de Verger con el comisario general de Indias en Madrid, Fr. Manuel de Vega. En ella puede observarse —y esto es lo que aquí nos interesa de manera particular— que Verger sabía defender respetuosa pero firmemente sus puntos de vista. Además de las fuentes de esta correspondencia, que mencionaré en seguida, tuve hace años la fortuna de consultar un tomito manuscrito que poseía en México el P. Fidel Chauvet, O. F. M., y que contenía copias de documentos relativos a los colegios de San Fernando y Orizaba. Entre estos documentos, había cartas de Verger al P. Vega y de éste a Verger (1771-1774).

California. La ocupación de Monterrey tuvo lugar el 31 de mayo de 1770, apenas tres días después de la llegada a San Fernando de los cuarenta y nueve misioneros conducidos de España por Verger. A principios de junio, Serra y Crespí erigían allí la "Misión de San Carlos de Monterrey", la segunda que se fundaba en los nuevos territorios; la primera había sido San Diego. Lleno de gozo, Fr. Junípero Serra comunicaba la noticia al colegio con fecha de 12 de junio, anunciando su propósito de fundar inmediatamente la tercera misión proyectada: *San Buenaventura*. Pide que se le manden los dos misioneros que faltaban para completar los seis destinados a las tres misiones citadas. Pero añade que "si en vez de venir dos para acá viniesen ocho, a cada una de las tres misiones se le pondría otra a moderada distancia, para que dándose la mano cada una con su compañera, sobre dilatarse así más la fe, se lograrían otras estimables circunstancias del mutuo fomento, seguridad y firmeza".

Los planes de Serra eran moderados y probablemente el colegio los hubiera aceptado; pero a Gálvez le parecieron demasiado modestos. Entusiasmado con la noticia de la ocupación de Monterrey, que llegó a México en la primera mitad de agosto y fue allí celebrada con grandes manifestaciones de alegría, Gálvez determinó en seguida, con el asentimiento del virrey Marqués de Croix, que debían establecerse nada menos que diez misiones nuevas, cinco entre Villacatá —frontera de ambas Californias— y San Diego, y otras cinco entre San Diego y el todavía no explorado puerto de San Francisco. El colegio fue informado de que cuarenta y cuatro religiosos de los que habían llegado de España deberían salir para California en mayo del año siguiente. Un tal número pareció completamente exorbitante a los superiores de San Fernando, pero ni el virrey ni Gálvez se dejaron convencer. Si fuere necesario, sugerían, podía mandarse por otra "misión" a España, que ellos estaban dispuestos a recomendar por todos los medios. El colegio siguió resistiéndose, al parecer con cierta dureza, pero al fin tuvo que convenir en el envío de treinta misioneros; catorce menos de los pedidos en un principio y sin embargo todavía demasiados en opinión de los superiores del colegio. Este logró, por otra parte, que se le admitiese la renuncia de las cinco misiones de la Sierra Gorda, considerando que habían alcanzado ya el grado de progreso necesario para ser confiadas al clero secular, en calidad de parroquias ordinarias. Con ello quedó disponible otra decena de misioneros veteranos, que podían ser empleados en la empresa de California.

No puede caber duda de que Verger, que formaba parte del Discretorio, fue uno de los principales responsables de la resistencia del Colegio. El episodio le dejó un mal sabor de boca, si se nos permite la expresión, y por largo tiempo le durará el resentimiento contra Gálvez. Verger tenía evidentemente otros planes respecto a los religiosos que él había reunido en España y con-